

Mario Casalla C.*

DEMOCRACIA Y FILOSOFÍA EN AMÉRICA LATINA. Una convivencia tan difícil como necesaria

Desde Derrida sabemos bien esa diferencia entre **oralidad y escrituralidad** y que toda escritura —ésta por ejemplo— viene siempre “después” a colmar lo que en realidad es incolmable; a presentar con el signo lo que la palabra había siempre dicho de otra manera.

Logocentrismo del que busqué escapar —veo ahora que vanamente— en mi participación puntual en este magnífico simposio chileno, por dos razones que me parecieron entonces válidas: la característica del encuentro (**reunión** de filósofos en torno a su profesión, bajo determinadas circunstancias); y, desde luego, la naturaleza misma del tema que nos convocaba (democracia y filosofía).

A su vez, esta acotación de una **perspectiva latinoamericana** (la otra exigencia de la convocatoria), lo ponía en mi entender más cerca de la palabra (del decir y la de la escucha) que del “texto”, en el sentido fuerte que este término suele tener entre filósofos profesionales.

Sin embargo me parece ahora también legítimo, la posibilidad de este registro escrito (transposición tardía de algunas notas destinadas a

* Universidad de Buenos Aires, Presidente Asociación de Filosofía Latinoamericana y Ciencias Sociales (Argentina)

servir —ahora más que nunca— de “ayuda memoria”), siempre y cuando sea tomado más en aquél **camino** del decir y de la escucha, antes que como “ponencia” en sentido clásico.

Creo que la relación democracia/filosofía, pensada a su vez **situadamente** (no “en general”), requiere en esta nuestra América Latina más “sacar” que poner, más desagregar que postular, más comprender que pontificar. Hay todavía demasiado dolor y malos entendidos en su torno, como para agregar otro “logos” que pretenda aclararlo todo.

Lo que sigue busca trasponer en escritura el inicio de un **diálogo** al que con toda pertinencia y oportunidad nos ha convocado esta Cátedra Unesco de Filosofía de la Universidad de Chile. Lo fundamental es entonces la posibilidad de continuarlo. Factum que, como es sabido, no es algo con lo que el logos pueda contar a priori entre nosotros. También esto hay aquí que ganarlo y sostenerlo.

1. UNA PRIMERA CUESTIÓN: LA SITUACIONALIDAD DE LA FILOSOFÍA.

Sin embargo, cuando de Filosofía se trata (y éste es el primer término que nos convocaba), suele ser común una primera observación: ¿hasta qué punto es lícito hablar aquí de “situacionalidad” (en nuestro caso, **latinoamericana**) de la Filosofía?; ¿no es acaso ésta un saber y una ocupación universal, al que esa situacionalidad vendría a limitar o encorsetar?; ¿no ocurre otro tanto con la Democracia?; ¿ese “estar en”, o pensar “desde” es un simple accidente geográfico y cultural —que debería ser rápidamente superado— o, por lo contrario, hay en ello algo esencial que pide ser atendido?

De como se conteste (o ignore) esta cuestión, depende en buena medida la dirección reflexiva que habremos de transitar. De nuestra parte fue entonces que delineamos como dos grandes caminos posibles:

* el de la **universalidad abstracta**, según el cual la Filosofía es un saber universal sin más y para el cual la situación es algo inesencial (cuando no limitante). A lo más, pintoresco entorno que algún historiador futuro agregará a su comentario del “sistema”, tanto como para cubrir aquello de las “circunstancias”;

* o bien pensamos en términos de **universalidad situada**, desde la cual ésta es siempre **horizonte** (inexcusable) de toda reflexión, antes que abstracto punto de partida (dado de antemano). Situación que a la vez debe ser pensada como **proyecto y diferencia**, no reductible por

esto a aquello que Hegel denominara lo “universal concreto” y por ende siempre resistente a los “finales” de la historia y a esa dictadura del pensamiento único que —aplanándolo todo— termina por hacerse **uni-**versal.

Pero atención, tampoco se trata de folklorismos, nacionalismos o particularismos de ninguna especie (tan abstractos como aquella universalidad **imperial**, de la que especularmente dependen). No se trata de quebrar la dictadura del “todo” para reemplazarla por la de la “parte”. Ni mucho menos de renunciar a un horizonte de auténtica universalidad (sin el cual la Filosofía misma carece de sentido), en aras de un festín de los fragmentos elevado a categoría de “nuevo banquete” (por cierto que también, en la práctica, **universal, poder** de por medio).

Latinoamérica ha pagado muy caro y ha sufrido demasiado por estas dos caras de Jano y a la hora de hablar **aquí**—en este fin de siglo y milenio— de democracia y filosofía, conviene no olvidarlo¹

Acaso de esta manera podamos también abrirnos hacia esa necesaria dimensión **planetaria**, que la discusión en marcha de un nuevo y más justo orden internacional requiere, y que poco tiene que ver con esta “globalidad” que no ingenuamente pretende pasar por sinónimo (sin serlo, por supuesto).

En lo que sigue asumimos nuestra reflexión sobre “Democracia y Filosofía en América Latina y el Caribe”, desde esta impronta de lo **universal situado**.

2. LA DEMOCRACIA EN SITUACIÓN LATINOAMERICANA.

La segunda cuestión que planteamos fue una afirmación para el diálogo: no le ha ido muy bien (ni le está yendo) a la Democracia y a la Filosofía en América Latina, ni tampoco a la relación siempre tensa entre ambas.

¹ De nuestra parte venimos distinguiendo (1973) entre un universal abstracto y un **universal situado** y planteando, en consecuencia, la necesidad de una **lectura culturalmente situada** en filosofía. La aplicación de este método de lectura dio por resultado -entre otros- nuestros trabajos **Crisis de Europa y reconstrucción del hombre. Un ensayo sobre Martin Heidegger** (Castañeda, Buenos Aires, 1977) y **América en el pensamiento de Hegel. Admiración y rechazo** (Catálogos, Buenos Aires, 1992). Desde ya señalamos sintéticamente aquí que, lo que pensamos bajo la denominación “universal situado”, no se limita a la categoría hegeliana de lo “universal concreto” (antes bien, pretende avanzar más allá de la ontología moderna que la sustenta); así como la noción de “situación” no es utilizada con el valor simple de mero contexto, o “condiciones de la época”, sino más bien como **Pro-yecto**.

Creo que es un sinceramiento que no podemos obviar, quienes seguimos creyendo firmemente en el valor tanto de la Filosofía como de la Democracia en América Latina y estamos dispuestos —por sobre todos los inconvenientes y peligros— a sostener su plena vigencia y su constante perfeccionamiento y profundización. Precisamente por esto necesitamos ser realistas y reconocer la situación presente.

Busquemos en primer término por el lado de las democracias latinoamericanas, renacidas a partir de los '80.

La alegría de este renacer, no debe ocultar el gravísimo **marco general** dentro del cual ello sucedió. En sus respectivas partidas de nacimiento, estos datos estructurales acompañaron a los locales:

- * sangrientas dictaduras militares precedentes;
- * abultadísimas deudas externas;
- * un marco internacional firmemente neoconservador;
- * sociedades, a la vez, temerosas y esperanzadas;
- * procesos electorales fuertemente condicionados por las dictaduras salientes.

Por cierto que de este singular coctel no surgieron precisamente democracias plenas y de manos libres. Más bien todo lo contrario. Aunque nos duela, no podemos dejar de reconocer que se trataron —con las variantes de cada país regional— de democracias:

- * condicionadas por el poder militar saliente (en mayor o menor medida; pública o secretamente);
- * con sus presupuestos públicos largamente comprometidos por el acreedor externo (“peso de la deuda”);
- * con un reconocimiento internacional más retórico que concreto (aplausos en lo político; mezquindad en la imprescindible ayuda económica);
- * con un peligroso doble discurso en sus clases dirigentes, respecto de las postergadas aspiraciones populares (entre la mirada interna de la gente y el dedo de advertencia del acreedor externo);
- * finalmente, con el temor permanente de un nuevo golpe de estado (“democracias vigiladas”).

Frente a este marco general —que no es conveniente ocultar ni minimizar— es necesario preguntarse ¿qué es lo que **no** pudieron hacer (y lo que sí hicieron) estas democracias nuestras tan fuertemente condicionadas?

Por cierto que esto, para **comprenderlas** y así poder juzgar su presente con mayor ecuanimidad y voluntad transformadora.

Un listado mínimo contendría estos componentes (siempre con las diferencias nacionales del caso):

- * no pudieron todavía **desmontar** del todo el poder cívico y militar que las precedió y tuvieron que resignarse a convivir con él (políticas de “punto final”, “obediencia debida”, “indultos”, etc., etc.);
- * frente a la crisis de sus deudas externas, amagaron con un “club de deudores” y en los hechos la región terminó transformada en un consorcio de pagadores²
- * bajo la imposición de una **muy peculiar** política de “ajuste” económico, so pretexto de recomponerlos, estas jóvenes democracias terminaron deteriorando seriamente sus aparatos estatales y desacreditando peligrosamente lo público, en aras de la dictadura del mercado (“consenso de Washington”);
- * así las elites dirigentes locales aumentaron la denominada “credibilidad externa”, mientras simétricamente disminufan la interna;
- * producto de esa credibilidad externa, crecieron sus deudas públicas (a pesar del “plan Brady”) y sus mercados financieros resultaron “atractivos” para inversiones altamente especulativas de capitales transnacionales (“efecto tequila”);
- * finalmente, aumentó la corrupción visible de su clase dirigente; tanto como la dualización de sus sociedades, al calor de un modelo económico esperanzado en un supuesto “derrame” que al menos la mitigue.

Por todo ello nos encontramos hoy con que el **ideal** democratizador (vigente en cuanto tal en el seno de sus culturas), tropieza con un duro **real** que permanentemente lo jaquea y condiciona. No podemos ignorar —como ciudadanos y filósofos latinoamericanos— que existen hoy fuertes descontentos sociales al interior de nuestros respectivos países; que ha habido peligrosas intenciones militares en varios de ellos (Argentina, Chile, Perú, Paraguay, Venezuela, etc.) y —sobre todo—

² Aquí jugó también un papel cultural decisivo esa mezcla del temor al pasado y la promesa de beneficios futuros, derivadas de la aplicación del denominado “plan Brady”. Hoy la realidad vuelve a hablar dolorosamente: a pesar de la “ayuda” del Brady, la región pasó de una deuda general de 400.000 millones de dólares en 1986, a 534.000 millones en 1994. Y sigue creciendo. A su vez el PBI por habitante de América Latina y el Caribe es hoy casi igual al de 1987 y un **5% menos que el de 1980**.

que nos movemos en medio de una fuerte **crisis de ideas** endógenas para repotenciar nuestras democracias, ante lo cual las recetas “universales” del Pensamiento Único continúan moviéndose con relativa comodidad (sobre todo a nivel de nuestros gobiernos).

3. LA FILOSOFÍA EN SITUACIÓN LATINOAMERICANA.

Reinstaladas entre nosotros las democracias —oxígeno indispensable para que la Filosofía subsista— como era lógico surgieron para ésta nuevas esperanzas y aires renovados.

Después de décadas de represión a todo pensamiento auténticamente crítico, la cultura en su conjunto y la Filosofía como parte esencial de ella, se encontraron ante nuevos y alentadores desafíos.

Sin embargo, creemos honestamente que no pudo (o no supo) participar del gran debate social que se inauguraba: gran parte del protagonismo se lo llevaron la economía y las ciencias sociales, privándose ella misma (y la sociedad que integra) de ese otro gran interlocutor que la Filosofía pudo haber sido. Su discurso —como antes— siguió pareciendo abstracto y antiguo. Y en gran medida lo era.

Volvió rápidamente a “enclaustrarse” y su discurso universitario —más allá de la buena fe de sus actores y con las honrosas excepciones de cada caso—:

- * tuvo escasa presencia en el debate social;
- * las vocaciones y matriculaciones están estancadas (en el mejor de los casos), cuando no en franco retroceso;
- * se han cerrado muchas carreras de Filosofía terciarias y universitarias, cuando no refundidas en simples departamentos auxiliares;
- * en varios países se ha suprimido la Filosofía en la escuela secundaria, o reducido sensiblemente;
- * a la hora de la verdad presupuestaria, sigue ocupando —más allá de los cumplidos que suelen hacersele— el papel de Cenicienta económica, etc., etc.

Frente a este cuadro real, es mucho lo que puede y debe hacerse ya que la Filosofía entre nosotros —al igual que la Democracia— **siguen siendo una auténtica necesidad cultural.**

Lo preocupante del caso no es, a nuestro entender, esta coyuntura en sí misma (como tal siempre cambiante y superable), sino la

necesidad, para que ello ocurra, de un **cambio de actitud de quienes hacemos filosofía en América Latina.**

¿Puede atribuírsele la depotenciada situación de ésta sólo a la incomprensión o desidia del medio, o los filósofos tenemos alguna responsabilidad en esto?

Creemos honestamente que sí. Me preocupan —y así lo hicimos saber en esta reunión de colegas— la persistencia de ciertas actitudes que no ayudaron, ni ayudarán, a la Filosofía entre nosotros (y creo que tampoco a la Democracia):

- * cierto **elitismo filosófico** que encuentra complacencia y autojustificación en este fracaso: la Filosofía sería un saber necesariamente “oscuro”, sólo atractivo para unos pocos elegidos. “La gente no comprende” (y mucho menos en esta todavía “bárbara” América Latina!), de lo cual se deriva un proyecto minimalista de subsistencia universitaria, cada vez más agresivo e insolidario;
- * por otro lado, **la disolución de la Filosofía en otros discursos** (más rentables o con más escuchas) y su transformación en una suerte de “apéndice” de otras disciplinas (en general científicas). Lo cual por cierto, nada tiene que ver con una auténtica (y necesaria) interdisciplinariedad.
- * pareceríamos haber alcanzado aquella “normalidad filosófica” (respecto de Europa y los EEUU) que nos exigía hace décadas don Francisco Romero y habernos adormecido (y hasta regodeado) en ella;

Estos mecanismos —comprensibles desde la necesidad, más que desde la virtud— han dejado demasiada riqueza fuera de los claustros lo cual, si bien hizo posible cierta subsistencia corporativa, no es hoy el camino más adecuado para el crecimiento de la Filosofía y la consolidación de la democracia entre nosotros. Actitud que, en algunas realidades regionales, ha comenzado un proceso de sana revisión que es de esperar se profundice y generalice.

Hay algunas razones básicas y **endógenas** para que esto le haya sucedido a un amplio sector de la filosofía profesional entre nosotros. Apuntemos unas pocas:

- * nos viene faltando, en consecuencia, cierto grado de **originalidad y creación** (de “locura filosófica”), sin el cual

una comunidad filosófica se priva de su 'pathos' esencial. Sin esto, esa "normalidad" termina esterilizándose a sí misma y aburriendo a propios y extraños³ ;

- * un camino en esa dirección, es inscribir seriamente el discurso filosófico latinoamericano (cuyo "instrumental", ya vimos, es hoy el internacionalmente adecuado) en ese ámbito de la **universalidad situada**, capaz de atender al unísono la vocación totalizadora de la Filosofía y las necesidades concretas de su medio. Algo que los sistemas filosóficos que perduraron (y hoy aparecen como "universales sin más"), hicieron siempre **de hecho**. Por lo demás esta renovada actitud filosófica regional, se combina perfectamente con los requerimientos de una sociedad en vías de planetarización, la cual —de ser en serio— requerirá más (y no menos) identidad cultural en sus actores.
- * esto exigirá a su vez que equilibremos ponderadamente esa fuerte censura **interna** que hoy pesa sobre buena parte de nuestra producción filosófica (muy dependiente de su "convalidación externa", en circuitos que siempre y necesariamente la tendrán como ocasional), la cual deberá compensarse con una fuerte **escucha** de las necesidades concretas que —en su nivel específico— nos plantean nuestras jóvenes democracias. Estoy seguro que escuchando, seremos mejor escuchados.
- * por último en el terreno específico de la enseñanza universitaria, creo que nos debemos plantear en serio (sin demagogias, pero también con la más sana autocrítica y buena voluntad) una docencia y un aprendizaje de la Filosofía pensada **en y desde** América Latina. La cual, sin descuidar los elementos comunes de rigor e instrumental teórico, no tiene por qué ser igual que en el resto del orbe.

Un pensar desde el **estar**, desde el "**domicilio**" (en terminología cara a Humberto Giannini) que, al mismo tiempo que nos arraiga, cumple con aquélla exigencia de buena universalidad que este fin de siglo y milenio reclama a los tripulantes de su nave espacial Tierra.

En síntesis que, a pesar de su relativa debilidad presente, nuestra visión sobre el futuro de la Filosofía y la Democracia en América Latina

³ Hace ya diez años advertíamos sobre esta necesidad en nuestro artículo "Más allá de la 'normalidad filosófica', nuevas tareas para la filosofía latinoamericana contemporánea", en *Revista de Filosofía Latinoamericana y Ciencias Sociales*, núm. 11, Buenos Aires, 1986.

y el Caribe (sobre el que específicamente se nos consultaba en este encuentro), no es pesimista. Todo lo contrario, a diferencia de la vieja Europa donde el peso de las tradiciones dificultan el cambio, aquí **la tradición está por forjarse** y el futuro —inteligentemente concebido— es más un aliciente que un freno. ¿Cómo no ser prudentemente optimista donde casi todo está por hacerse?

Está claro que no será (ni es) fácil ni sencillo, pero ya hay caminos de pensamiento abiertos en esa dirección, dentro y fuera de la estructura universitaria. Bien mirada, esta polémica contemporánea tiene casi un siglo y medio entre nosotros.

Cuando en el acto inaugural de este encuentro dos jóvenes estudiantes chilenos de Filosofía, al mismo tiempo que nos daban la bienvenida nos reclamaban —**con todo derecho**, vale la pena recalcarlo— un firme compromiso latinoamericano con nuestras democracias y con nuestra filosofía, volví a experimentar simultáneamente el aire fresco del futuro y la asignatura pendiente del pasado.

Recordé entonces aquella carta de mi compatriota Juan B. Alberdi “Al señor Profesor de Filosofía” —escrita a mediados del siglo pasado— en donde le decía, le imploraba, casi le exigía:

“...Queremos nosotros una filosofía que, aceptando las teorías indestructibles, los antecedentes fundamentales de los sistemas pasados, aspire a poner en ella un elemento suyo, una condición nueva y adecuada a su misión peculiar, filosofía, en una palabra, penetrada de las necesidades sociales, morales e inteligentes de nuestro país, clara, democrática, progresiva, popular, americana, calorosa como nuestro genio, brillante como nuestro cielo, profética, inspirada, rica de esperanzas alentadoras, fértil de aspiraciones sublimes (...) Filosofía que haga salir a los jóvenes de entre sus brazos, incendiados de amor por la patria y por la humanidad, generosos, guapos, fáciles al sacrificio, razonadores y no disputadores, tolerantes, intrépidos para encararse sin insolencia a la más encumbrada autoridad, al hombre más imponente y exigirle los títulos de su soberanía”.

Mientras este **deseo** esté vivo y permanentemente reactualizado, la Filosofía y la Democracia tendrán entre nosotros razones sólidas para **ser** y **estar**. Lo demás, como bien se sabe, es viento de palabras.